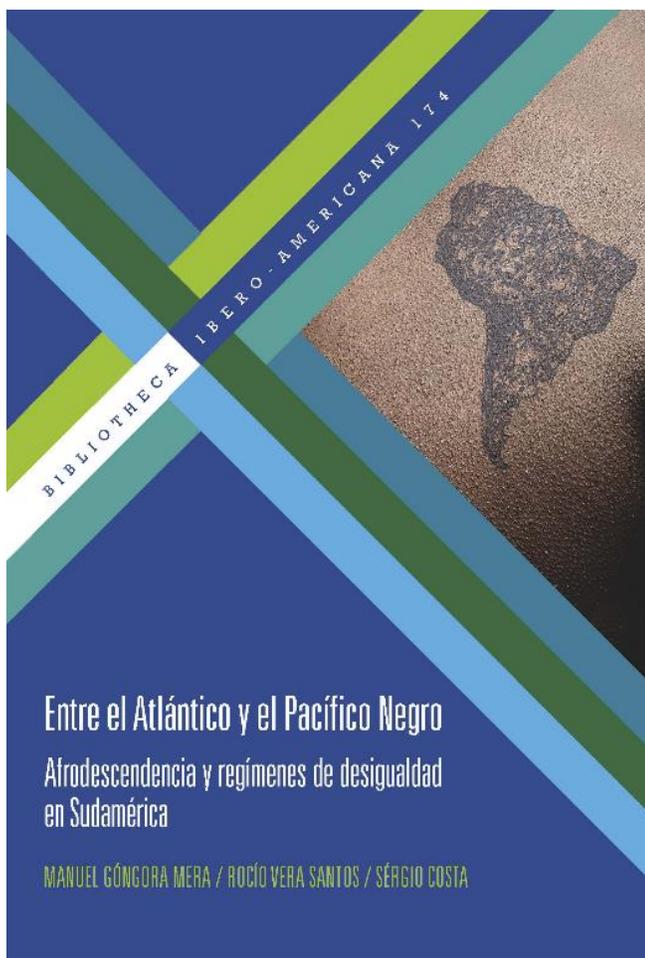


Góngora Mera, Manuel; Vera Santos, Rocío y Costa, Sergio. *Entre el Atlántico y el Pacífico Negro: afrodescendencia y regímenes de desigualdad en Sudamérica*. Madrid- Berlín: Iberoamericana-Vervuert, 2019. 660 págs.

Andrea Leiva Espitia

Instituto Colombiano de Antropología e Historia



Según los informes de la CEPAL (2021) “Las personas afrodescendientes y el COVID-19: develando desigualdades estructurales en América Latina” y de UNFPA (2020), “Implicaciones del COVID-19 en la población afrodescendiente,” en el contexto latinoamericano y caribeño las poblaciones con mayores impactos por la pandemia del COVID-19 son las afrodescendientes. Aunque aún no hay un registro epidemiológico desagregado por etnia a nivel regional, factores como el acceso limitado a alimentos y nutrientes, la discriminación en el acceso a suministros y atención en salud, el difícil acceso al agua y al saneamiento, y la necesidad de acudir a empleos informales que ponen en mayor riesgo de contagio, son solo algunas de las condiciones preexistentes para aseverar que los y las afrodescendientes tiene mayor riesgo de sufrir con mayor severidad las consecuencias de la pandemia frente a otras poblaciones. En la dimensión económica, según la UNFPA (2020) “más del 80% de la población afrodescendiente se encuentra trabajando en el sector terciario de la economía y podría verse mayoritariamente afectado por la crisis

económica a consecuencia del COVID- 19” (UNFPA, 2020: 6).

Esta situación es generalizada: en los países de América Latina los y las afrodescendientes son los grupos con el porcentaje más bajo de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). En Ecuador, por ejemplo, el 32,2% de este grupo étnico presenta NBI y los efectos del COVID-19 han impactado más a la gente

afroecuatoriana que al resto de la población (UNFPA, 2020). Los países y poblaciones concernidas en este proyecto ocupan un rol fundamental en el marco de las preocupaciones por los efectos de la desigualdad y la justicia económica en América Latina. Además de ser aquellos con mayor población afrodescendiente en el continente, Brasil y Colombia aparecen, según la CEPAL (2021) como dos de los 20 países del mundo con mayor número de contagios y más personas fallecidas por millón de habitantes por causa del COVID-19 en la región. En el caso de Brasil, si bien al comienzo la enfermedad afectó a personas que no se definen como afrodescendientes, posteriormente la tasa de contagio y fallecimiento se inclinó a esta población. Aspectos como la pobreza monetaria, el hacinamiento, el empleo informal, la deficiente atención en salud y las dificultades de acceso a la educación presentan una de sus mayores tasas en los grupos afrodescendientes de América Latina.

Los datos anteriores son evidencia de la necesidad de estudios como el que presenta el libro *Entre el Atlántico y el Pacífico Negro: afrodescendencia y regímenes de desigualdad en Sudamérica*, obra escrita desde la perspectiva de las “desigualdades entrelazadas”, una apuesta conceptual que surge de la necesidad de superar los análisis que reposan en los planos de las fronteras nacionales y extrapolar el contexto de las desigualdades a un plano multidimensional y transnacional (local, regional y nacional). En este libro, Manuel Góngora Mera, Rocío Vera Santos y Sergio Costa nos presentan un estudio de larga duración que reúne en cuatro capítulos el análisis de los *regímenes de desigualdad* entendidos como “un conjunto de representaciones y discursos de interpretación, posicionamiento y jerarquización social de diversos sujetos y grupos, así como marcos legales y políticas públicas que operan como dispositivos de desigualdad social [...]” (26). Esta definición se aborda mediante una argumentación fundamentada por los autores a lo largo de la obra con la importancia del enfoque sincrónico y diacrónico que se entrecruza con la perspectiva nacional, regional y local. Los tres países elegidos para abordar esta problemática son Brasil y la frontera colombo-ecuatoriana.

La perspectiva es innovadora en el campo de los estudios sobre poblaciones afrodescendientes de América pues permite entender cómo los regímenes de desigualdad están basados en dinámicas que sobrepasan los límites de las fronteras nacionales, son interdependientes y tienen un alcance transnacional. Estos regímenes obedecen a escalas temporales que en este libro parten del siglo XVI y llegan hasta la actualidad. Los hitos o “inflexiones” que resaltan los autores como transversales a estas cronologías y fronteras son: 1) la abolición de la esclavitud, que es un fenómeno multidimensional, transnacional y un “proceso global de larga duración” (2019:48); 2) el reconocimiento de la igualdad y la autodeterminación de todos los pueblos y la proscripción de la discriminación racial y de género” (2019: 48-49) que implicó dos guerras mundiales y movilizaciones colectivas tanto en Sudáfrica como en Estados Unidos, así como la Declaración Universal de los Derechos Humanos, como formas y luchas globales que permitieron el reconocimiento de un estatus a sociedades antes invisibilizadas, y 3) la adopción de medidas compensatorias y derechos diferenciados en función de grupo que combina acciones globales, entre ellas las llevadas a cabo en y como consecuencia de la conferencia de Durban en el año 2001, para el reconocimiento de la necesidad de reparaciones a los pueblos afrodescendientes por parte de los gobiernos nacionales.

Cada uno de los capítulos del libro está organizado para presentar, en diferentes temporalidades, cuatro dimensiones del régimen de desigualdad: 1) Las lógicas de estratificación, 2) los discursos, entendidos como formas de posicionamiento de la acción en un sentido foucaultiano, 3) el marco jurídico y 4) los modelos de convivencia, que tienen en este libro un alcance local.

Esta perspectiva transnacional y multidimensional de los autores se desarrolla en el primer capítulo bajo el tema de “El régimen esclavista racial” que parte del ya conocido sistema de castas, donde se presentan las formas de estratificación social durante el régimen colonial y sus implicaciones en la legitimación de la esclavitud, así como el marco jurídico que respaldó estas jerarquías coloniales. Luego, este capítulo aporta datos fundamentales para entender los “Métodos de convivencia” que los autores muestran desde una perspectiva “entrelazada” mediante enfoques locales de Brasil (Minas Gerais) y la frontera Colombo-ecuatoriana que comprende los departamentos del Chocó, Valle, Cauca, Nariño y Esmeraldas) donde el eje de la esclavitud es el oro. Por último, los autores presentan un completo y complejo panorama de lo que serían las relaciones de parentesco y relacionan con habilidad los diferentes planos para ofrecernos una perspectiva multidimensional y transnacional.

En el segundo capítulo, Mera Góngora, Vera Santos y Costa, presentan el que denominan “Régimen nacionalista racista” y fundamentan en la experiencia haitiana, aquella que “tuvo un impacto decisivo en las colonias luso-hispanas” (2019: 200), esto a pesar de que en contraste con estas experiencias, en América del sur fueron las élites criollas las que lideraron el proceso revolucionario con la reconocida participación de mulatos y afrodescendientes como lo muestra Múnera en *El fracaso de la nación* (1998) para el caso de Cartagena de Indias. Estos procesos coincidieron con la consolidación de los discursos basados científicos y políticos en torno al racismo y al nacionalismo en el siglo XIX. Estos promovieron una lógica de estratificación que los autores explican para el caso de cada país, así como los argumentos y lógicas abolicionistas y los modelos de convivencia y parentesco que estas propiciaron en Brasil, Colombia y Ecuador.

El tercer capítulo está dedicado al “régimen nacionalista mestizo” que aborda en primer lugar “la estratificación dinámica de las sociedades de clases “que representan el reemplazo de los linajes y las jerarquías sociales basadas en los estamentos y rasgos nobiliarios a la posición social por poder de los terratenientes frente a una clase trabajadora “conformada por trabajadores rurales/campesinos, siervos y obreros/proletarios, por lo tanto, una lógica de estratificación relacional entre grupos socioeconómicos opuestos” (2019: 347). Tal situación generó una lógica de categorías raciales y de autoidentificación que dieron lugar a un discurso de mestizaje que tuvo alcances nacionales pero fue, de acuerdo con la perspectiva de los autores, una mirada de alcance transnacional que desembocó en la profundización de desigualdades laborales representadas en la legislación relativa a la propiedad y el trabajo sobre la tierra.

En el cuarto capítulo, los autores presentan las dimensiones múltiples del régimen multiculturalista compensatorio a finales del siglo XX cuando la guerra fría causó la eclosión de movimientos sociales que giraron en torno al reconocimiento de las reivindicaciones étnicas, raciales y de género. En este aparte se conjuga al análisis de formas de estratificación asociadas a esta nueva forma de reconocimiento. En estas sigue imperando el régimen de desigualdad arraigado profundamente en la colonia: como sucede en el caso de Colombia, aunque la norma obliga a consultar a las comunidades negras sobre proyectos que afectan

directamente su entorno, estos procesos se burocratizan de tal manera que, como dicen los autores, estos proyectos se llevan a cabo sin el consentimiento de las comunidades. Otro aspecto importante es el del autoreconocimiento de la gente negra en esta etapa multiculturalista: en Ecuador, después del reconocimiento jurídico en 1998, los afroecuatorianos fueron incluidos en el censo de 2001. Este capítulo surca las diferentes experiencias nacionales de Colombia, Brasil y Ecuador en términos del reconocimiento de la diversidad. No obstante, los autores son críticos frente al modelo de multiculturalismo liberal que tiene consecuencias nefastas en las formas de apropiación y explotación de los territorios en los que habitan estas poblaciones. Esto, a pesar de que el reconocimiento legal y la jurisprudencia asociada a estas poblaciones permitió la construcción de actores políticos trascendentales en la afirmación de la identidad negra como lo fue el caso colombiano así como la promoción de acciones afirmativas que buscan reducir desigualdades, en contraste con las “articulaciones prohibitivas o correctivas del derecho y las desigualdades etnoraciales [...] y articulaciones constitutivas y conservativas” que producen y normalizan desigualdades (530). Estos últimos profundizan las condiciones de precariedad de los pueblos indígenas y afrodescendientes. Entre estos se encuentran la convención de Ginebra de 1958 sobre el Mar Territorial y Zona Contigua pues afecta la economía pesquera artesanal de las comunidades pesqueras del Pacífico, entre otros que promueven la mercantilización, promueven el uso de semillas transgénicas y favorecen a los inversores en los conflictos socioambientales con las comunidades.

Este libro concluye mostrando un consolidado de las diferentes dimensiones constitutivas de los regímenes de desigualdad entre el “Atlántico y el Pacífico Negro”. La obra, que ganó el premio Iberoamericano de la Latin American Studies Association (LASA) del 2021, tiene la gran virtud de responder desde una juiciosa perspectiva sociológica, histórica y jurídica, transnacional y multidimensional a una sola pregunta ¿por qué las poblaciones afrodescendientes son aquellas que sufren mayor desigualdad en el continente americano? Y la responde magistralmente con la reunión de tres perspectivas que abordan la difícil tarea de reunir de manera sistemática patrones recurrentes en el plano local, regional y global de la experiencia afrodiaspórica en Ecuador, Colombia y Brasil.